

RAFAEL DEL ÁGUILA, *Crítica de las ideologías. El peligro de los ideales*, Taurus, Madrid, 2008. 207 páginas.

Todos los ideales son peligrosos porque rebajan y estigmatizan lo real.

Friedrich Nietzsche

En su último libro, *Crítica de las ideologías*¹, el autor nos conduce por la senda de los ideales políticos para mostrarnos que, cuando éstos son asumidos como verdades absolutas (dogmas) y reivindicados fanáticamente, son peligrosos cimientos de violencia que se expresan en acciones de gran crueldad y horror. Sin duda, no se refería al idealismo vital que asumido de manera *mesurada* confiere sentido a la existencia humana, sino a lo que el ser humano está dispuesto a hacer por defender ese ideal, bajo creencias profundas que le permiten convivir con actos horribles de brutalidad y de terror.

Para el autor, no hay política de poder que no se apoye en un ideal para justificar sus horrores, por tanto, los ideales constituyen el cemento que sirve para unir las piezas de los exterminios que proceden del corazón mismo de las creencias humanas, de la fe ciega en ciertos principios, de la ideología consoladora, de los grandes proyectos de ingeniería social; violencia asesina sostenida y apoyada no únicamente por malvados arquetipos, sino por la gente corriente, por gente como nosotros (p. 24), por sociedades refinadas como las nuestras.

El fanático redobla sus esfuerzos según va olvidando sus objetivos. La concentra-

ción fanática en los medios aleja la preocupación por los fines. La palabra que nos debía educar y liberar nos hace torpes, dependientes y malvados en este medio políticamente transmutado. Estamos ante la *patologización* de la palabra, ante la doble enfermedad del dogmatismo y el fanatismo, como los grandes protagonistas de estas derivas implacables de nuestras convicciones (p. 40).

Los ideales son peligrosos. Y lo son porque su potencia justifica cualquier transgresión, pero igualmente porque, bajo ciertas circunstancias, su cumplimiento nos empuja hacia la violencia. “Donde existe un ideal fuerte, verdadero o falso, surge una mística y, tras ella, la violencia” (p. 41).

Es preciso cuidarnos de los “organizadores del Apocalipsis” (ibidem) que aspiran a encerrar al mundo en un sistema perfecto y sin fisuras, cerrado y maravilloso, para someterlo después a cirugía extrema si resulta necesario. *Cultura del jardín*, como la calificaba Ernest Gellner, que vive de amputar lo que sobra, de eliminar lo que no se ajusta al molde prefijado de los sueños dogmáticos del que sabe de estas cosas.

El peligro está en los optimistas armados de ideales, convencidos del proyecto y

¹ Rafael del Águila dedicó este libro a todas las víctimas de los ideales, especialmente a las víctimas del 11-M, cuyo trágico episodio le motivó a ahondar en el análisis de la violencia idealista que tanto ha estremecido el siglo veinte.

su realización inmediata y no en el pesimismo de la inacción o la insatisfacción por la inseguridad de la acción contingente e incierta. Martin Heidegger se hace nazi cuando es optimista. Jean-Paul Sartre se hace estalinista cuando es optimista. Ése es el gran peligro: las creencias sin fisuras ni vacilaciones. Auschwitz, Camboya, la antigua Yugoslavia, el Gulag, Irak, son algunos ejemplos del exterminio sistemático en nombre de altos ideales con el apoyo de una masa silenciosa, cuando no cómplice, hombres normales, seguros de sus ideales y que aspiraban a la realización de un bien.

Para explicar su tesis, Rafael del Águila acude al análisis de las constelaciones ideológicas² del siglo veinte: “la emancipación”, sostenida por la izquierda desde distintas variantes: milenaristas, jacobinos, anarquistas y comunistas; “la autenticidad”, defendida por los nacionalistas, racistas fascistas y fundamentalistas cristianos; y “la democracia”, invocada por imperialistas y neoconservadores. Aunque todas ellas son distintas entre sí, tienen un aire de familia, un parecido razonable, en cuanto se definen como verdades ciertas e indiscutibles. Esos ideales de emancipación, autenticidad y democracia son el agujero negro que lo absorbe todo sin dejar espacio alguno para los seres concretos y reales. Éste es el peligro de los ideales (p. 174).

“La emancipación” se plantea la revolución y la utopía como únicas salidas a las

condiciones de explotación, miseria e injusticia. Desde esta perspectiva sólo es posible alcanzar la utopía mediante la revolución, la liberación total, la certeza en un futuro de completa armonía, de ideales absolutos y de bien perfecto. Estas identificaciones generan insatisfacción permanente por el estado de cosas del mundo y un claro esquema sobre lo que debemos hacer y no sobre lo real. Hay una prelación de las soluciones verdaderas sobre lo concreto.

Este modelo perfecto, revolucionario e implacable de la emancipación ha tenido en el siglo veinte distintas variantes. En primer lugar, encontramos los milenaristas, que en su idea de emancipación beben del dolor humano y de la desesperación que le acompaña. En origen, quizás las ideas de liberación del sufrimiento y de implantación de la justicia hundan sus raíces en la herencia judeocristiana de nuestra civilización. Mesianismo y milenarismo son los arquetipos de un Mesías que restituye o de un fin de los tiempos que implanta el reino de Dios en la tierra, ideas que también están en la base de nuestra cultura política revolucionaria³.

En la misma línea, encontramos la herencia jacobina asumida con ciertos matices por los revolucionarios de los siglos diecinueve y veinte y que plantea que, mientras las revoluciones no borren de la faz de la tierra esas contradicciones de clase, explotadores y explotados, pro-

² Las constelaciones ideológicas son ámbitos flexibles de sentido, pero con limitaciones para cambiar. Sólo en ellas, por ellas, a través de ellas, con ellas, intercaladas en el mundo obtenemos comprensión, orientación para la acción, justificación (p. 170). Como metáfora astronómica, las constelaciones ideológicas son galaxias en cuyo centro aparece el agujero negro.

³ Walter Benjamin, en su texto “Tesis de la filosofía de la historia” describe este proceso de destrucción creadora interpretando el cuadro de Paul Klee titulado *Angelus Novus*. Allí el ángel de la historia ha vuelto el rostro hacia el pasado pero un huracán le empuja irremediamente hacia el futuro. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso (p. 46).

iedad privada de los medios de producción, desigualdades de poder, o bien exista el Estado como fuerza represiva, la razón no podrá cumplir su función ordenadora de la convivencia justa. Hemos de decidir cuál es nuestro lugar en el mundo puesto que la historia entendida como progreso, avanza hacia su consumación revolucionaria (p. 47).

También la tradición anarquista y marxista compartieron, más allá de sus diferencias, las ideas de indefectibilidad de la revolución y de la emancipación⁴. La premisa es que debemos comprometernos con la historia, con la verdad, con los débiles...; lo que, en realidad, es la misma cosa porque todo empuja en la misma dirección: vamos hacia un puerto tan seguro como la geometría (Pierre Proudhon) y todo terminará bien finalmente.

“La autenticidad” se construye a partir de un más que razonable deseo de justicia que reivindica lo distinto, que exige respeto y reconocimiento de lo diferente. Pese a diferencias importantes en las distintas políticas de identidad (cultural, nacional, étnica), todas comparten un núcleo común: la búsqueda de autenticidad, de aquello que nos define verdaderamente (nación, cultura, religión, tradición, etnia, identidad). Si la lucha por la emancipación miraba al futuro, la lucha por la identidad, vuelve la vista atrás, busca algo que habíamos perdido.

En esta dirección, encontramos variantes teóricas y políticas bien diferentes.

Comunitaristas conservadores en busca de pertenencia en un mundo de individuos anónimos; culturalistas largo tiempo excluidos, aspiran al reconocimiento; nacionalistas que excavan sus raíces en busca de autenticidad; identitarios heridos en busca de autoafirmación. Todos ellos se afanan en una búsqueda de sí mismos. Un efecto *espejo* que busca lo auténtico en nosotros, que se esfuerza en garantizarnos coherencia, seguridad ontológica, frente a la disolución, la liquidación, el vacío (p. 60).

Los nacionalistas radicales tienen claros vínculos con el fascismo o el nazismo en cuanto proponen la exclusión de lo distinto, la dialéctica amigo/enemigo⁵, la obsesión por la densidad, la asimilación, la expulsión o el exterminio de lo diferente, el biologismo racial, la limpieza étnica y en el extremo, el genocidio. En pocas palabras, estas derivas identitario-raciales se apoyan en la idea de “decisión existencial colectiva”, y afirman que la autenticidad exige dictadura (p. 67). Se aprestan a homogenizarnos y a prohibir el mestizaje para mantener lo auténtico.

El fundamentalismo religioso, la religión como fundamento de la identidad, constituye una variante contemporánea muy importante del peligro de los ideales. Según del Águila el fundamentalismo es común a todas las religiones y no solamente al islamismo. Todos los fundamentalistas comparten rasgos comunes que pueden sintetizarse en que dicen interpretar de manera

⁴ Para Karl Marx todo lo sólido se desvanece en el aire. Sin embargo el progreso se producía según Marx y Friedrich Engels en la dirección marcada por las contradicciones de clase; según Georg W. F. Hegel, en la dirección marcada por el despliegue del espíritu; según Errico Malatesta, por el destino humano y, según Bakunin, por la revolución indefectible que conduce a la liberación (p. 48).

⁵ Para ampliar esta propuesta, véase Carl SCHMITT, *Teología Política*, traducción de Francisco Javier Conde, Estudios Políticos, Cultura Española (Gráfica Universal), Madrid, 1941.

literal los textos sagrados, se creen poseedores de sus interpretaciones y las imponen a los demás, sus prescripciones morales son absolutas y eternas, utilizan argumentaciones emocionales más que racionales, están en contra del pluralismo y la diversidad y son agresivos, militaristas y violentos en las batallas “apocalípticas” que los rodean. (p. 77). La locura terrorista tiene su método, su racionalidad y su coherencia. En el fundamento hay ideales profundamente sentidos y terriblemente peligrosos.

“La democracia” ha sido invocada por imperialistas y neoconservadores en el siglo veinte. Destacados teóricos de la Modernidad⁶ han sentado las bases racionales de un orgullo imperial, produciendo una comprensión de los conquistados y colonizados, en términos de xenofobia y racismo. Mientras los defensores del imperialismo están convencidos que los pueblos necesitan y ruegan ser dominados, los neoconservadores y la derecha cristiana de Estados Unidos apelan a un universalismo democrático basado en principios utópicos y desarrollado mediante un militarismo aventurero y un espíritu de cruzada reforzado por el discurso de la extrema

derecha cristiana. Su pretensión es convertir todas las sociedades y culturas en democracias de libre mercado. Incluso al precio de la guerra (p. 129).

Ante tal panorama de ideales que han terminado legitimando la guerra, la exclusión y la barbarie, Rafael del Águila, siguiendo al politólogo británico John Gray nos plantea una propuesta esperanzadora: las *políticas de medida*, pero con algunos matices en la idea de un realismo que trate de tejer de otro modo la realidad y las ideas. La finalidad de las políticas de medida no es otra cosa que la disminución concreta y real del dolor, de la crueldad, de las injusticias específicas de los seres humanos. El logro de consecuencias que integren ciertos principios o, dicho de otro modo, la consecución de un mundo sino completamente justo, al menos decente, que rechace toda forma de teología política, que atienda al cuidado de los seres humanos concretos y reales y que realce la importancia de una política democrática abierta a la crítica, a la ética de la responsabilidad y a la autorreflexividad permanentes.

MARIA ROCÍO BEDOYA BEDOYA

⁶ Se les conoce también como joyas del pensamiento ilustrado y entre ellos destacan las ideas de Immanuel Kant, David Hume, James Mill, Thomas Jefferson y Hegel, entre otros, para quienes las personas de otras razas son, en proporciones variables, lerdas, blandas, perezosas, dependientes, sumisas, vagas o mentirosas. Es el lado oscuro de la democracia que de la mano de teorías liberales dio carta blanca al racismo.